

DE CRISTO ESPERANZA A MARÍA ESPERANZA

Ignacio M. Calabuig
Decano de la Pontificia
Facultad Marianum

Introducción

Antes de empezar la exposición del tema que me ha sido asignado, me parece conveniente dar tres advertencias: la primera sobre el título de la ponencia, la segunda sobre el término 'esperanza'; la tercera sobre los varios aspectos de la relación entre María y la esperanza.

Sobre el título

El título de la ponencia *De Cristo esperanza a María esperanza* supone un camino, un proceso en el que se distinguen un punto de partida y uno de llegada. Pero en nuestro caso no en el sentido de que Cristo constituya el fatigoso punto de arranque y María la meta radiosa. Sería absurdo.

El título de la ponencia quiere decir que la experiencia eclesial, partiendo de la reflexión teológica sobre «Jesús, el Mesías, nuestra esperanza» (1Tim 1, 1), ha descubierto progresivamente que junto a Cristo, la esperanza suprema, está colocada por benigna disposición de Dios, la Virgen María, también ella motivo de esperanza para los cristianos y para todos los hombres. En otras palabras: en el ámbito de la esperanza cristológica existe, a ella subordinada y tomando de ella su eficacia, una esperanza mariológica.

Sobre el término esperanza

El término esperanza cubre varias acepciones:

- designa ante todo la «*virtud* teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo»;¹
- indica, por metonimia, el *contenido*, a cuyo conseguimiento tiende la virtud, es decir la salvación, los bienes eternos, la plena manifestación del Reino y de nuestra condición de hijos de Dios, el vivir siempre con Cristo (cf. 2Cor 5, 8);
- denota también el *fundamento* en el que se basa la virtud de la esperanza, es decir una realidad sobrenatural, de índole escatológica, en la cual se ha cumplido ya en modo perfecto y definitivo el proyecto de Dios sobre el hombre. Esa realidad es Cristo resucitado, fundamento y garantía de que también nosotros conseguiremos la plenitud existencial hacia la cual irresistiblemente tendemos al mismo tiempo que caminamos inexorablemente hacia la muerte.

Sobre la relación María-esperanza

La relación entre la Virgen y la esperanza es compleja. Tiene al menos seis aspectos: María, *sujeto* de esperanza, es decir fue mujer que vivió existencialmente de esperanza y a la luz de la esperanza;² María, *modelo* de esperanza, porque por el modo con que practicó la virtud de la esperanza, es para todos los discípulos de Cristo un punto de referencia obligado para progresar en dicha virtud; María, *objeto* de esperanza, porque para no pocos cristianos uno de los contenidos de la esperanza es precisamente el de vivir por la eternidad, en modo intenso y trasparente, la relación filial que los une a la Madre del Señor; María, *madre* de la esperanza, porque con su ejemplo y su intercesión contribuye a engendrar dicha virtud en el corazón del hombre; María, *fundamento* de esperanza,

¹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1817. Madrid, Asociación de Editores del Catecismo, 1992, p. 411.

² Se vea sobre este aspecto, C. Militello. *Maria donna di speranza*, en AA.VV. *Sperare. Forza e fatica del vivere cristiano*. Roma, Edizioni Teresianum, 1994, pp. 177-198. Excelentes indicaciones ofrece B. Fernández. *María de la esperanza*, en *Ephemerides Marialogicae* 35 (1985) pp. 161-174.

porque su 'realidad de gracia' y la misión que ejerce en favor del Pueblo de Dios constituyen una garantía del conseguimiento de los objetivos últimos de nuestra esperanza; María, *signo* de esperanza, porque por su condición de icono escatológico brilla ante la Iglesia iluminando su camino y orientándola hacia su perfecta realización.

Aunque formalmente distintos, estos aspectos están entrelazados, por lo que no es posible tratar de uno sin tocar de alguna manera los otros. Yo me atenderé prevalentemente al cuarto aspecto, *María fundamento de esperanza*, es decir al hecho de que ella es, después de Cristo, a causa de Cristo y con Cristo, motivo y «signo de segura esperanza»³ para toda la comunidad eclesial.

1. CRISTO ESPERANZA

Por exigencia de espacio, doy por supuesto todo lo que se refiere a «Cristo, nuestra esperanza», es decir Jesús resucitado, «que subió al cielo y está sentado a la derecha del Padre»,⁴ constituido por Dios Señor y Mesías (cf. Hch 2, 36).

San Pablo, escribiendo a los Colosenses, afirma que Cristo constituye «el plan secreto que Dios ha tenido escondido durante siglos y generaciones y que ahora ha revelado a los que creen en él. Precisamente a éstos ha querido Dios dar a conocer la incalculable gloria que encierra este plan divino para los paganos; hablo de Cristo, que está entre vosotros y es la esperanza de la gloria» (Col 1, 26-27). Pero para Pablo Cristo es todo. Un momento antes, en Colosenses 1, 15-20, el Apóstol ha afirmado que «Cristo es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda criatura» (Col 1, 15), el creador de todas las cosas (cf. Col 1, 16; cf. Jn 1, 3), «el primogénito de los que triunfan sobre la muerte» (Col 1, 18), la plenitud de todas las cosas (cf. Col 1, 19), «la cabeza del cuerpo, que es la Iglesia» (cf. Col 1, 18), la causa agente de la reconciliación entre el cielo y la tierra (cf. Col 1, 20). Así pues ese Cristo, preexistente en Dios, dado a nosotros por él (cf. Jn 3, 16), que derrama su sangre sobre la cruz y es el primero de los resucitados, es nuestra «esperanza de la gloria», «gloria incalculable». De nuestra esperanza Cristo es el fundamento supremo, la garantía absoluta, el contenido

³ CONC. VAT. II. Const. *Lumen gentium*, 68.

⁴ Credo de Nicena-Constantinopoli. Sobre 'Cristo esperanza' puede verse la acertada síntesis de G. Helewa. «Cristo in voi, speranza della gloria» (Col 1, 27), in AA.VV. *Sperare* (cit. nota 2), pp. 33-48.

inmenso.

En Cristo el futuro tiene ya un rostro personal, el Reino de Dios un nombre. Cristo, «en su realidad gloriosa constituye conjuntamente el ‘futuro’ del hombre y de la tierra, el cenit de la evolución cósmica y, al mismo tiempo, el reino tangible y concreto, el anuncio y la anticipación de aquel porvenir completamente nuevo que expresa el nuevo rostro de la trascendencia de Dios».⁵

En Cristo resucitado toda la humanidad y con ella Cristo mismo camina hacia el Cristo-Omega, el Cristo de la Parusía, de la resurrección universal, de la plenitud del Reino (cf. 1Cor 15, 20.28). Pero el punto de partida del Cristo-Omega es Jesús de Nazaret, el Cristo-Alfa, que nació de mujer (cf. Gál 4, 4), murió, resucitó y subió a los cielos. La condición de resucitado, de «Señor de la gloria» (1Cor 2, 8), es el presente eterno de Cristo y nuestro futuro «in spe» (cf. Rom 8, 24); pero ese presente no excluye su pasado: la pasión salvadora y la muerte por amor han sido transfiguradas en gloria - como insinúa el símbolo anamnético de las llagas del Resucitado (cf. Lc 24, 39; Jn 20, 20.27)-,⁶ no aniquiladas. La misma gloria de Cristo resucitado tiene su raíz en la humillación de su muerte:

Así, presentándose como simple hombre,
se abajó, obedeciendo hasta la muerte
y muerte en cruz.
Por eso Dios lo encumbró sobre todo
y le concedió el título que sobrepasa todo título;
de modo que a ese título de Jesús
toda rodilla se doble
—en el cielo, en la tierra, en el abismo—
y toda boca proclame que Jesús, el Mesías, es Señor,
para gloria de Dios Padre (Fil 2, 8-11).

En el misterio de la Cruz se recapitula todo el dolor del hombre y del cosmos. Precisamente por eso, por haber sido el crucificado, «hombre de dolor acostumbrado a sufrimientos» (Is 53, 3), Jesús resucitado es un seguro punto de referencia —de esperanza— para todo hombre que, sobre la tierra, participa inevitablemente del misterio del dolor. En el presente del

⁵ M. Bordini - N. Ciola. *Gesù nostra speranza*. Bologna, Edizioni Dehoniane, 1988, p. 20.

⁶ En la Vigilia Pascual, la liturgia romana, en el símbolo del cirio pascual celebra a Cristo resucitado que presenta «sus llagas santas y gloriosas» (*Misal Romano*. Vigilia Pascual, 11. Madrid, Coeditores Litúrgicos, 1978, p. 278).

dolor, Cristo resucitado es la certeza del futuro de la gloria.

2. MARIA ESPERANZA

Divideré mi exposición sobre 'María esperanza' o más exactamente sobre 'María motivo, después de Cristo, de nuestra esperanza', en varios apartados: los testimonios más antiguos (2.1); la aurora de la esperanza (2.2); la nueva Eva, portadora de esperanza (2.3); la madre de la esperanza (2.4); la resurrección de Cristo, fuente de esperanza (2.5); la esperanza del exiliado y del pecador (2.6); la mediación maternal, motivo di esperanza (2.7); la Asunción, plenitud de la esperanza (2.8); el objeto de la esperanza (2.9); las características de la esperanza (2.10).

2.1. LOS TESTIMONIOS MÁS ANTIGUOS

2.1.1. Un 'Kontakion' anónimo del siglo V

Probablemente el *Contacion in honorem Virginis Mariae* es el texto más antiguo que, dirigiéndose a María, la llama «nuestra esperanza» (ἡμῶν ἐλπίς). Se trata de una composición poética de 24 estrofas, de autor anónimo que, según su editor C.A. Trypanis, se puede fechar en la segunda mitad del siglo V.⁷ El poema, que por algunos elementos estructurales y de contenido recuerda el saludo de Gabriel (cf. Lc 1, 28),⁸ es un amplio encomio de la maternidad divina y virginal de María. En la penúltima estrofa leemos:

Ψυχικὴ ἡμῶν χαρά, ψυχικὴ σωτηρία,
ψυχικὴ ἡμῶν ἐλπίς, ψυχικὴ προστασία.

⁷ El *Kontakion* fue publicado una primera vez por C.A. Trypanis en *Byzantinische Zeitschrift* 58 (1965) pp. 329-332, seguidamente en *Wiener Byzantinische Studien*, vol. V (1968) pp. 161-164. Lo ha reproducido S. Alvarez Campos. *Corpus Marianum Patristicum*, IV/1. Burgos, Ediciones Aldecoa, 1970, pp. 598-603. De aquí en adelante citaré el *Corpus* de Alvarez Campos con la sigla CMP, seguida del número del volumen y de la página.

⁸ Cada estrofa termina con el estribillo Καῖρε, ἡ μετὰ τόκον ὑμνουμένη Παρθένοζ (*Ave, quae post partum celebraris Virgo*), que se inspira evidentemente al Καῖρε del saludo de Gabriel a María (cf. Lc 1, 28). En la estrofa 12 hallamos una especie de paráfrasis del *Dominus tecum* de Lucas 1, 28: Μετὰ σοῦ καὶ ὁ ἐκ σοῦ, μετὰ σου Θεός σου (*tecum et qui ex te, tecum Deus tuus*) (CPM, IV/1, p. 601, n. 3857). En la estrofa 18 se recuerda explícitamente el Καῖρε del ángel: Σοὶ τὸ θῆλυ ἐπαυχέι, σοὶ ἐστάλη τὸ "Καῖρε" (*Te feminae gloriantur, tibi missum illud "ave"*) (Ibid., p. 602, n. 3863).

Χαῖρε, ἡ μετὰ τόκον ὑμνουμένη Παρθένοζ.

Spiritualis nostra laetitia, spiritualis salus,
spiritalis nostra spes, spiritale praesidium.
Ave, quae post partum celebraris Virgo.⁹

María es pues «nuestra esperanza». El adjetivo ‘espiritual’ (ψυχική) califica dicha esperanza, como califica la alegría, la salvación, la protección. Se trata por tanto de realidades no meramente intramundanas sino pertenecientes al orden sobrenatural, escatológico. Llamar a la Virgen «nuestra esperanza» supone por una parte una conciencia bien arraigada de la fe en la maternidad divina de María, por otra una experiencia consolidada de la protección de la Theotokos sobre la comunidad eclesial. Ambas cosas están bien afirmadas en el *Kontakion*¹⁰ y ambas eran bien conocidas hacia fines del siglo V. Nos lo aseguran el dogma definido en Efeso en el 431,¹¹ y la difusión de textos como el *Sub tuum praesidium*.¹²

2.1.2. El Himno «Akáthistos»

El célebre himno *Akáthistos*, que se sitúa probablemente a finales del siglo V y cuyo autor aún no ha sido identificado,¹³ nos ofrece un excelente testimonio sobre ‘María esperanza’:

⁹ CPM, IV/1, p. 603, n. 3868.

¹⁰ El *Kontakion* llama repetidamente a María «Theotokos» (cf. *ibid.*, p. 599, n. 3845; p. 601, n. 3853; p. 602, n. 3860) y afirma abiertamente que ella estaba «grávida de Dios» (*ibid.*, p. 601, n. 3853), que dio a la luz el «Verbo Dios» (*ibid.*, p. 601, n. 3856). Sobre la conciencia de la protección de la Virgen, cf. estrofa 20 (*ibid.*, p. 603, n. 3865).

¹¹ Cf. *Anathematismus 1*: H. Denzinger - A. Schönmetzer. *Enchiridion Symbolorum*, 52.

¹² Con toda probabilidad el *Sub tuum praesidium* es anterior al Concilio de Nicea (325). G. Giamberardini, profundo conocedor del culto mariano en Egipto, afirma que «la composizione del *Sub tuum praesidium* [...] può essere ritenuta senza difficoltà non posteriore al secolo III» (Il «*Sub tuum praesidium*» e il titolo «*Theotokos*» nella tradizione egiziana, in *Marianum* 31 [1969] p. 32). Importantes estudios recientes: A. M. Triacca. «*Sub tuum praesidium*»: nella «*lex orandi*» un’anticipata presenza della «*lex credendi*», in S. Felici (ed.). *La mariologia nella catechesi dei Padri (età prenicena)*. Roma, LAS, 1989, pp. 183-205; R. Iacoangeli. «*Sub tuum praesidium*». La più antica preghiera mariana: filologia e fede, in *ibid.*, pp. 207-240.

¹³ Para una información inmediata y precisa sobre el *Akáthistos*, cf. E. Toniolo. *Akáthistos*. S. De Fiores - S. Meo. *Nuevo Diccionario de Mariología*, Madrid, Ediciones Paulinas, 1988, pp. 67-74. El prof. Toniolo me ha confiado que está preparando un artículo para *Marianum* en el que propone la segunda mitad del siglo V como tiempo de composición y ofrece importantes argumentos para la identificación de su autor.

Χαῖρε, δι' ἧς ἐλύθη παραβασιζ.
Χαῖρε, δι' ἧς ἡνοίχθη παράδειδος.

Χαῖρε, ἡ κλειζ τῆς Χριστοῦ βασιλείας.
Χαῖρε, ἐλπίζ ἀγαθῶν αἰωνίων.¹⁴

Salve, por tí fue borrada la culpa;
Salve, por tí Dios abrió el Paraíso.
Salve, tú llave del Reino de Cristo;
Salve, esperanza de bienes eternos.

La estrofa 15 pertenece a la parte dogmática del himno. A través de varios símbolos –la mansión, el dintel, la carroza, el sitio–, el himnógrafo exalta la maternidad divina y virginal de María: la Palabra de Dios, infinita, ha descendido en el seno de María y ella la ha dado a la luz con un «parto virginal». Los *Aves* (*Jaires*) finales se abren al futuro, a la escatología: «por ti Dios abrió el Paraíso [...] tú llave del Reino de Cristo [...], esperanza de bienes eternos», es decir de los bienes futuros, definitivos, de los que Jesús es sumo sacerdote (cf. Heb 9, 11), bienes no sujetos ni a pérdida ni a caducidad.

2.1.3. Román el Cantor († hacia el 560)

Román, uno de los más grandes himnógrafos bizantinos, en el himno 13, dedicado al Nacimiento de Cristo (*De Nativitate*, IV), se dirige a la Virgen Madre saludándola cual «esperanza de tus siervos»: Χαῖρε, ἡ ἐλπὶς τῶν οἰκετῶν σου.¹⁵ Οἰκέτης es el siervo que vive familiarmente (*famulus*) en la casa de su amo. Aquí se refiere a los cristianos que viven en la casa de la Iglesia y consideran a la Virgen su Señora.

La forma del saludo es el habitual Χαῖρε, que se inspira a Lucas 1, 28, tan utilizado en la himnografía bizantina. Aunque Román no explicita la razón por la que María es esperanza de sus siervos, nos la indica el contexto natalicio: la maternidad divina. En efecto el niño que está en el regazo de María es –como recuerda el Cantor a lo largo de su composición– el Salvador, el Emanuel, el Verbo de Dios.

¹⁴ CPM, IV/2, p.524, n. 4940.

¹⁵ Himno XIII (*De Nativitate*, IV), 13: Sch 110, p. 146; CPM, IV/2, p. 155, n. 4197.

2.1.4. Venancio Fortunato († 601)

Venancio Fortunato, obispo de Poitiers, famoso autor de los himnos litúrgicos *Vexilla Regis prodeunt* y *Pange, lingua, gloriosi*, compuso un amplio poema (360 versos) *In laudem sanctae Mariae Virginis*.¹⁶ En él figuran dos textos que ponen a María en relación con la esperanza.

En el primero Venancio Fortunato, a través de símbolos y metáforas, exalta poéticamente el prodigio de la Virgen grávida del Hijo de Dios. Se sirve de la metáfora de la espiga para ilustrar el fruto precioso de la maternidad de María:

auxilium de flore gerens, de fruge levamen,
spem et caeli panem *spica novella* gerens.¹⁷

La Virgen María es la «nueva espiga» (*spica novella*), que lleva en su seno «la esperanza y el pan del cielo» (cf. Jn 6, 31-32), es decir Cristo. El seno de la Virgen contiene a 'Cristo esperanza', por eso ella será la 'Virgen de la esperanza'.

El segundo texto es quizás aún más interesante. Son los dos últimos versos del poema, despedida orante de Venancio Fortunato a la Virgen:

Hic tibi qui indignus quamvis corde, ore susurro,
spes mihi sis veniae, quae vehis orbis opem.¹⁸

El poeta es consciente de la grandeza de la Virgen y de su propia indignidad (*indignus corde*). Sin embargo le ofrece confiadamente, como un susurro (*ore susurro*), su composición. En cambio la suplica de ser para él «esperanza de perdón» (*spes mihi sis veniae*). Ella lo puede, porque lleva en su seno virginal a aquél que es la ayuda, el socorro del universo (*vehis orbis opem*).

En Occidente pues, el primero que de una manera explícita y original toca el tema de 'María esperanza' parece ser Venancio Fortunato, un obispo poeta. Sus dos expresiones «María, portadora de esperanza (=Cristo)» y «María, esperanza de perdón» tendrán éxito: han llegado hasta nuestros días.

¹⁶ PL 88, 276-284; CPM, VI, pp. 378-388, nn. 6946-6956.

¹⁷ PL 88, 280A; CPM, VI, p. 382, n. 6949, vv. 151-152.

¹⁸ PL 88, 284A; CPM, VI, p. 388, n. 6956, vv. 359-360.

2.2. LA AURORA DE LA ESPERANZA

Cristo es el día (cf. 2Pe 1, 19); Cristo, el sol de justicia (cf. Mal 3, 20); Cristo, la esperanza (cf. 1Tim 1, 1). Pero María, habiendo precedido cronológicamente, según la sabia disposición de Dios, la venida de Cristo de dicho día es la aurora, del sol estrella que lo anuncia, de la esperanza plena una anticipación gozosa. Nada se puede decir de María aurora, estrella matutina, alba de la esperanza, sino en dependencia de Cristo y con relación a él. Pero cuando esas condiciones se tienen presentes se puede decir mucho.

La historia de Israel está atravesada de la esperanza en el Mesías, cuya venida habría traído consigo la ruptura de los lazos que lo tienen prisionero, la liberación de los pesos que lo oprimen. En la fase anticotestamentaria la historia de la salvación está como envuelta en la oscuridad, proyectada hacia la luz mesiánica. En esta perspectiva es característico el vaticinio de Isaías: «El pueblo que caminaba en tinieblas vió una luz intensa; habitaban tierras de sombra, y una luz les brilló» (Is 9, 1).

Desde este punto de vista se comprende cómo la reflexión y la experiencia cristiana hayan interpretado la Concepción inmaculada de María y su Nacimiento en clave de «aurora de la esperanza».

2.2.1. La Concepción de María, motivo de esperanza

La Concepción sin mancha era vista como la primera expresión de libertad de las cadenas del pecado, de victoria sobre el opresor del género humano, motivo pues de esperanza para una humanidad que, según una metáfora corriente, estaba sumergida en el cieno del pecado.

Pío X sintetiza bien la experiencia de la Iglesia cuando, en un interesante texto de la encíclica *Ad diem illum* (11 de febrero 1904), afirma que la contemplación de la Concepción inmaculada de la Virgen refuerza la fe y reanima la esperanza:

Quod si fides, ut inquit Apostolus, nihil est aliud nisi «sperandarum substantia rerum»; facile quisque dabit Immaculata Virginis conceptione confirmari simul fidem, simul *ad spem nos erigi*. Eo sane vel magis quia Virgo ipsa expers primaevae labis fuit quod Christi Mater futura erat; Christi autem Mater fuit, ut nobis *aeternorum bonorum spes redintegraretur*.¹⁹

¹⁹ *Pii Pontificis Maximi Acta*, I, p. 160.

Que si la fe, como dice el Apóstol, no es otra cosa que el *fundamento de las cosas que se esperan* (Hebr 11, 1), se convendrá fácilmente que por ello la Inmaculada Concepción de María confirma nuestra fe y *reaviva nuestra esperanza*. Tanto más que si la Virgen fué exenta dal pecado original, fué porque debía ser la Madre de Cristo; y fué Madre de Cristo a fin de que nuestras almas pudiesen *revivir a la esperanza de los bienes eternos*.

La visión de la Inmaculada, criatura privilegiada pero hermana nuestra, completamente limpia de la mancha original, enciende la esperanza del Pueblo de Dios en camino hacia una situación en la que todo él será «sin mancha ni arruga ni nada parecido» (Ef 5, 27). Digna de atención es además la conexión que Pío X establece entre Concepción inmaculada, maternidad divina y esperanza nuestra: la Virgen fue inmaculada porque debía ser Madre de Cristo; fue Madre de Cristo para que reviviese en nosotros la esperanza de los bienes eternos.

2.2.2. El Nacimiento de María, motivo de esperanza

La Natividad de la Virgen era y es celebrada como el acontecimiento salvífico que anuncia y prepara el Nacimiento inminente del Mesías Liberador. Alegría, luz, esperanza, inicio de la salvación son cuatro temas típicos de la liturgia y de la homilética de la fiesta del 8 de septiembre.

En la famosa *Homilía de la Natividad de María*, san Juan Damasceno († 749) proclama que la Virgen es la «*esperanza* de los cristianos»:

Σὺ ἱερέων καύχημα,
χριστιανῶν ἐλπίς,
παρθενίαζ πολυφόρον φύτευρα.²⁰

Tú eres el honor de los sacerdotes,
la *esperanza* de los cristianos,
la planta fecunda de la virginidad.

El Damasceno termina el panegírico con una oración dirigida a la Virgen, su «sola esperanza de alegría»:

...δέχου δούλου λόγον ἁμαρτωλοῦ,
ἀλλ' ἐκ πυρὸς ποθοῦντοζ,
καὶ σὲ μόνην κεκτημένου χαρᾶς ἐλπίδα.²¹

²⁰ *Homilía de la Natividad de María*, 11: SCH 80, p. 76.

²¹ *Ibid.*, 12: *ibid.*

... acoge la palabra de un siervo pecador,
pero que el amor inflama,
para quien tú eres la sola esperanza de alegría.

La *Oración después de la comunión* de la fiesta del 8 septiembre hermosamente declara que «el Nacimiento de la Virgen María [...] fue para el mundo esperanza y aurora de salvación»:

Exsultet Ecclesia tua, Domine,
quam sacris mysteriis refecisti,
de beatae Mariae Virginis Nativitate congaudens,
quae universo mundo spes fuit et aurora salutis.²²

Aunque de poco peso teológico, vale la pena de citar una invocación litánica del siglo XV:

Aurora spei, ora pro nobis.²³

«Aurora de la esperanza»: hermosa expresión. En ella el término esperanza se puede referir a Cristo, de quien el Nacimiento de María viene a ser la *aurora*; o bien a la virtud de la esperanza, porque el Nacimiento de la Virgen la hace brotar (= *aurora*) en el corazón de los creyentes.

Son ejemplos. Se podrían aducir muchísimos más. Ellos muestran cómo ambos acontecimientos salvíficos - la secreta Concepción inmaculada y el manifiesto Nacimiento de santa María - constituyen para la comunidad eclesial un motivo de esperanza, estrechamente vinculado al misterio de Cristo.

2.3. LA NUEVA EVA, PORTADORA DE ESPERANZA

Al pecado de los Progenitores (cf. Gen 3, 1-7) siguió su condena (cf. Gen 3, 23-24), pero antes Dios había pronunciado contra la serpiente una sentencia de condenación, que a los oídos del primer hombre y de la primera mujer sonaba cual 'palabra de esperanza':

²² *Missale Romanum*. Die 8 septembris. In Nativitate beatae Mariae Virginis. *Post communionem*.

²³ G.G. Meersseman. *Der Hymnos Akathistos im Abendland*, II. Freiburg Schw., Universitätsverlag, 1960, p. 248, n. 27.

Enemistad pondré entre ti y la mujer,
y entre tu linaje y su linaje:
él te pisará la cabeza
mientras acechas tú su calcañar (Gen 3, 15).

La tradición eclesial ha visto en esta sentencia de condenación de la serpiente el primer destello de la salvación del hombre. El desterrado que cruza las fronteras del Paraíso para labrar el suelo (cf. Gen 3, 23) lleva consigo el primer destello de la salvación, una ‘semilla de esperanza’, es decir la impreterible promesa del señor. Así pues, si una mujer –Eva– había causado pecado y muerte, otra –María– habría de traer vida y grazia.²⁴

El tema patrístico de la antítesis Eva-María, rico de sugerencias teológicas, se ha prestado también a interesantes desarrollos en la línea de ‘María esperanza’. La ocasión la ofrece la reflexión sobre el ‘exilio del Paraíso’, consecuencia de la culpa de los Progenitores. Como todo exilio, también éste –sobre todo éste– está estrechamente relacionado con la esperanza. Se sabe que el desterrado, lleno de nostalgia, abraza la esperanza de volver un día a la patria lejana.

En esta perspectiva se contrapone al exilio del hombre del Paraíso terrestre, causado por Adán-Eva, el ingreso en el Paraíso celeste, merecido por Cristo, al cual está indisolublemente asociada María, la nueva Eva.

2.3.1. *Un texto de Teodosio de Alejandría* († 567)

En una versión copta, ha llegado hasta nosotros un sermón del obispo Teodosio de Alejandría († 567), pronunciado para la fiesta de la Dormición de María. El orador, comentando el Salmo 45, 15 («un séquito de vírgenes entra detrás de ella»), imagina que las compañeras de la Reina-Esposa sean las virtudes: muchas son las compañeras, porque muchas las virtudes de la Virgen. En la relación a la esperanza y a la caridad escribe:

Tu *spe* ornaris,
tu caritate decoraris:
per te, o Maria, Virgo venerabilis,

²⁴ El Vaticano II, resumiendo siglos de reflexión patrística, afirma: «no pocos Padres antiguos afirman gustosamente con él [san Ireneo] en su predicación que “el nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María; que lo atado por la virgen Eva con su incredulidad, fue desatado por la virgen María mediante su fe”; y comparándola con Eva, llaman a María “Madre de los vivientes”, afirmando aún con mayor frecuencia que “la muerte vino por Eva, la vida por María”» (*Lumen gentium* 56).

revertendi spem sumus adepti
postquam nos per Evam matrem primam
a beata vita depulsos
iterum paradiso restituisti,
per tuam erga nos caritatem.²⁵

Teodosio contrapone a la acción dañosa de Eva, la acción beneficiosa de María. A causa de Eva el hombre había sido expulsado del Paraíso; por medio de María recupera la «esperanza de volver» (*spes revertendi*), aquella que anima el corazón del desterrado. Hermosa expresión, pero trágica; supone, en efecto, que el hombre no sólo había sido expulsado del Paraíso, sino también que había perdido la esperanza. Desoladora situación. La caridad de la Virgen (*per tuam erga nos caritatem*) hará que el hombre recupere la esperanza y sea de nuevo introducido en la felicidad del Paraíso.

2.3.2. Una 'lectura' litúrgica del siglo XII

En forma lapidaria, con riguroso paralelismo antitético, una 'lectura' del Breviario de Gerona (siglo XII), contrapone María a Eva:

Ergo quando nata fuit, mundus lumen tunc recepit.
Prima virgo nos peremit, sed secunda nos redemit.
Quod antiqua male gessit, nova scelus expiavit.
Eva nobis causa mortis, est *María spes salutis*.
In Maria nobis salus, in Maria nobis virtus!²⁶

La 'lectura' es más que nada una especie de composición poética, sujeta a exigencias de ritmo y de rima, dominada por el gusto de apretadas antítesis, que determinan algunos excesos verbales.²⁷ Pero en su conjunto la 'lectura' tiene su valor como expresión orante de una convicción arraigada en el Pueblo de Dios.

En el cuadro de la antítesis Eva- María, la Virgen nazaretana que ha expiado el crimen (*nova scelus expiavit*) de la primera mujer (*quod antiqua male gessit*), resulta ser María, «esperanza de salvación» (*spes salutis*), es decir fundamento objetivo de la esperanza de alcanzar la plenitud de nuestro

²⁵ CPM, V, p. 188, n. 5530 (traducción latina de S. Álvarez Campos).

²⁶ G.G. Meersseman. *Der Hymnos Akathistos im Abendland*, I, p. 177.

²⁷ Tal es el caso, por ejemplo, de la expresión «secunda nos redemit», impuesta por exigencia de rima interna con «prima virgo nos peremit».

destino final. La 'lectura' no explica los motivos de dicho fundamento. Eran conocidos desde siglos: la fe de María, su obediencia generosa, su parto virginal por el que dió a la luz al Salvador del mundo.

2.3.3. *Esperanza para los desterrados hijos de Eva*

Más adelante volveré a ocuparme de la Salve Regina (siglo XI). Ahora quiero sólo observar que esta celeberrima composición se coloca también en la perspectiva de la antítesis Eva-María:

Salve, regina misericordiae,
vita, dulcedo et spes nostra, salve.
Ad te clamamus exules filii Evae.²⁸

Los que llenos de emoción se dirigen a María, Reina de misericordia, invocándola como «vida, dulzura y *esperanza*» son precisamente los «desterrados hijos de Eva». Están en pleno exilio (*exules, post hoc exilium*), en valle de lágrimas, desterrados del Paraíso terrestre y en camino inseguro hacia el Paraíso celeste. En esa situación el clamor (*clamantes*), el gemido (*gementes*), la súplica de los desterrados se dirige a la Virgen, segura esperanza, para que después del exilio les muestre Jesús, «el fruto bendito del vientre» (cf. Lc 1, 42), que se opone al fruto de la desobediencia de Eva (cf. Gn 3, 1-7).

Para la comprensión plena de la extraordinaria belleza de la Salve Regina es necesario colocarla en el ámbito de la antítesis Eva-María, vista –en la medida que nos sea posible– con ojos medievales, habituados a considerar la vida como destierro. Entonces se percibe mejor el llanto de los «hijos de Eva», que se aplaca en la invocación de María, «vida, dulzura y esperanza».

2.4. MADRE DE LA ESPERANZA

En la tradición devota del Occidente se encuentran a menudo las expresiones «madre de la esperanza» (*mater spei*), «madre de la santa es-

²⁸ Como es sabido el *incipit* primitivo de la *Salve* no incluía el término *Mater*. La *Salve* comenzaba simple y bellamente con la sola mención de la realeza: *Salve, Regina misericordiae*. Un antiguo y característico uso litúrgico de la *Salve* se encuentra en el *Antiphonarium Cistercense*: como *antiphona ad Evangelium* en las cuatro festividades marianas de la época (Purificación, Anunciación, Asunción, Natividad). Cf. J.M. Canal. *Salve Regina misericordiae. Historia y leyendas en torno a esta antífona*. Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 1963, pp. 45-47.

peranza» (*mater sanctae spei*), «madre de nuestra esperanza» (*mater nostrae spei*) aplicadas a la Virgen María. Todas ellas implican una relación, por así decir, materno-filial entre la Virgen y la esperanza, relación que ha sido entendida de varias maneras.

2.4.1. *Mater sanctae spei* (Eclo 24, 24).

En la *Vulgata* Eclesiástico 24, 24-25 se lee de esta manera:

²⁴ Ego mater pulchrae dilectionis
et timoris et agnitionis et *sanctae spei*.

²⁵ In me gratia omnis viae et veritatis,
in me omnis *spes* vitae et virtutis.

Los críticos consideran estos versículos, sobre todo el 25, que no figuran en el original hebraico, una glosa cristiana. En todo caso figuran en la *Vulgata*, la versión bíblica de la que se han nutrido por siglos la piedad, la homilética y la teología de la Iglesia de Occidente.

El cap. 24 del Eclesiástico contiene el famoso *Himno de la Sabiduría*, que prelude las páginas joánicas sobre el Verbo. Algunas estrofas encontraron, ya en el siglo VII, aplicación en las misas de las vírgenes y, sucesivamente, en las misas de la santísima Virgen.²⁹ Eso no por querer establecer una imposible comparación entre la Sabiduría divina y las vírgenes sagradas o la Virgen María, sino porque la Iglesia –observa dom Capelle– vislumbra en aquel texto «algunos versículos que describen acertadamente el ideal contemplativo de una virgen. Sin titubear, los aísla de su contexto para utilizarlos según sus planes. La Biblia es su tesoro, ella extrae libremente de él, con completa independencia».³⁰ La Iglesia ha visto en Eclesiástico 24, 24 un versículo que expresa con eficacia un trazo de la fisonomía espiritual de María: madre del amor puro, de la piedad, de la ciencia de la fe, de la santa esperanza.

No hay duda que la utilización del cap. 24 del Eclesiástico como epístola de las misas de la Virgen, aunque en la mayoría de los casos el texto litúrgico no comprendiese el v. 24,³¹ ha contribuido poderosamente a esta-

²⁹ Cf. B. Capelle. *Les épîtres sapientiales des fêtes de la Vierge*, in *Travaux liturgiques de doctrine et histoire*, III. Louvain, Abbaye du Mont César, 1967, pp. 316-322.

³⁰ *Ibid.*, p. 318.

³¹ Generalmente, bajo el título de *Lectio libri Sapientiae* se utilizaba Eclesiástico 24, 14-16 (*Ab initio et ante saecula*). La misa del Corazón inmaculado de María, introducida en el Misal Romano en

blecer una relación de tipo materno-filial entre la Virgen y la esperanza. Pero, ¿cómo interpretarla?

2.4.2. Madre de Cristo, «nuestra esperanza»

En general en los himnos, litanías, responsorios en los que se encuentran las expresiones *mater spei*, *mater nostrae spei*, *mater sanctae spei* figura sólo la advocación sin ninguna explicación. Así encontramos:

Ave, *mater sanctae spei*,
quae intenta verbo Dei
Redemptorem sustinebas,
quem venturum presciebas.³²

Ave, rosa, *mater spei*,
quam stupendus fletus Dei
sub pannis infantiae,
admirandus plane fletus.³³

Ave, *mater nostrae spei*,
per quam nobis Verbi Dei
visa carne facies.³⁴

La interpretación era menester de homiletas, teólogos, autores espirituales. Varios de ellos, siguiendo un procedimiento conocido, interpretan *Mater nostrae spei* en sentido estrictamente cristológico: si María es Madre de Cristo y, según el Apóstol, Cristo es «nuestra esperanza» (1Tim 1, 1), la «esperanza de la gloria» (Col 1, 27), resulta, por consecuencia, que ella es la «madre de nuestra esperanza» (*mater nostrae spei*).

1942, tenía por epístola Eclesiástico 23-31 (*Ego quasi vitis fructificavi*), que incluía nuestro versículo. En la Neo-Vulgata el v. 24 (*Ego mater pulchrae dilectionis*) se ha conservado. En la liturgia renovada, el v. 24 figura con aplicación mariana en el *Ordo lectionum Missae*. Editio typica altera. Libreria Editrice Vaticana, 1981, en el *Commune beatae Mariae Virginis* (p. 325, n. 707/6) y en el *Lctionarium pro Missis de beata Maria Virgine*. Editio typica. Libreria Editrice Vaticana, 1987, en los formularios 21 (*Sanctum Nomen beatae Mariae Virginis*), 36 (*Beata Maria Virgo Mater pulchrae dilectionis*) y 37 (*Beata Maria Virgo Mater sanctae spei*).

³² G.G. Meersseman. *Der Hymnos Akathistos im Abendland*, II, p. 94, estrofa 12. La estrofa pertenece a una composición del siglo XII, del tipo *Psalterium sanctae Mariae*: 150 Ave correspondientes a los 150 salmos.

³³ Ibid., p. 137, estrofa 47. Otro *Psalterium mariano*, obra de Engelberto de Admont († 1331).

³⁴ Ibid., I, p. 216, estrofa 9b (siglo XIV).

El procedimiento consiste pues en especificar –en un cierto sentido: en hipostatizar– la maternidad de María en relación a los títulos de Cristo. Cristo es vida, luz, misericordia, consolación; María es, por consiguiente, madre de la vida, de la luz, de la misericordia, de la consolación. Puede ser suficiente un ejemplo.

San Alberto Magno († 1298), en el tratado *De natura boni*, comentando Eclesiástico 24, 24, escribe:

Mater enim pulchrae dilectionis, id est honestae, dicitur, quia mater est Desiderati cunctis gentibus [...] Et sanctae spei mater est, quia ipsum genuit in quo est spes omnium electorum Dei.³⁵

El bíblico «Madre de Jesús» se ha convertido, hermosamente, en «Madre de la esperanza». Pero precisamente porque es Madre de 'Jesús-esperanza nuestra', la Virgen, por su participación al ser y a la misión de su Hijo, es invocada simplemente como «nuestra esperanza». Se trata de un proceso que sólo a partir de la maternidad divina se explica y justifica. Proceso legítimo en la medida que detrás de la invocación dirigida a la Virgen –vida, esperanza, consolación...– se percibe claramente el hecho real y de inmenso alcance de la maternidad divina.

2.4.3. «Mater spei» porque engendra la esperanza

Hay un segundo modo de entender la expresión *Mater spei*. María es madre de la esperanza porque con su intercesión y su ejemplo enciende en nuestras almas la virtud de la esperanza.

San Alfonso de Liguori († 1787), comentando en *Las glorias de María* la expresión *Spes nostra, salve*, escribe:

Con ragione [...] la santa Chiesa applica a Maria le parole dell'Ecclesiastico con cui la chiama: Madre della speranza, la madre che fa nascere in noi, non già la speranza vana de' beni miserabili e transitori di questa vita, ma la speranza santa de' beni immensi ed eterni della vita beata.³⁶

El ejemplo pues y la intercesión de la Virgen engendran en el alma la virtud de la esperanza, pero eso supone dos cosas: por una parte, que María

³⁵ Texto citado por M.-A. Genevois. *Bible mariale et mariologie de Saint Albert-le-Grand*. Saint-Maximin, 1934, p. 115.

³⁶ Cap. III, § I.

es singular ejemplo de esperanza; por otra, que ella ejerce una misión de intercesión que toca el corazón de su Hijo y los corazones de los hombres.

2.5. LA RESURRECCIÓN DE CRISTO, FUENTE DE ESPERANZA

En dos artículos del Símbolo Niceno-Constantinopolitano se alude al misterio de la resurrección. El primero en relación a Cristo:

Credo [...] in unum Dominum Iesum Christum [...].
qui [...] crucifixus etiam pro nobis sub Pontio Pilato;
passus et sepultus est,
et *resurrexit* tertia die, secundum Scripturas.

El segundo, en relación a los muertos:

Et exspecto *resurrectionem mortuorum*
et vitam venturi saeculi.

A la resurrección de Cristo el Símbolo se refiere con un verbo que exige la fe: creo; a la resurrección de los muertos con un verbo que postula esperanza: *espero*.

La resurrección de Cristo es el fundamento absoluto de nuestra fe (cf. 1Cor 15, 14) y de nuestra esperanza: «¡Resucitó de veras mi amor y mi esperanza!», responde alborozada María de Magdala a quien le pregunta: «¿Qué has visto de camino, María, en la mañana?». ³⁷ Pregunta y respuesta litúrgicas, no estrechamente bíblicas, pero que reflejan bien los sentimientos con los que la piedad cristiana ha meditado el episodio de la aparición de Cristo resucitado a la Magdalena (cf. Jn 20, 11-18).

Fe y esperanza están indisolublemente unidas, hasta en la definición misma de la fe: «Es la *fe* anticipo de lo que *se espera*» (Heb 11, 1). Fe y esperanza indisolublemente unidas en María, sobre todo en relación a la resurrección del Hijo. La reflexión cristiana, si exceptuamos algunos titubeos iniciales, ³⁸ ha puesto en evidencia la fe-esperanza de María en ocasión

³⁷ «Dic nobis, María, / quid vidisti in via? [...] *Surrexit Christus spes mea*» (Secuencia de la misa de Pascua).

³⁸ Cf. Orígenes. *In Lucam* 17, 6-7: SCh 87, pp. 256.258. Según el gran alejandrino, María sufrió el escándalo de la cruz, según las palabras del Señor: «Todos vais a fallar, como está escrito: "Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas"» (Mc 14, 27). La espada profetizada por Simeón

de la terrible prueba de la muerte y sepultura de su Hijo.

Con feliz síntesis la liturgia proclama la fe-esperanza de María, poniendo bajo el común denominador de la fe el consenso a la encarnación del Verbo y la espera de la resurrección de Cristo:

ipsa [Maria] quae Filium credendo concepit,
eius resurrectionem *credendo exspectavit*.³⁹

ella [María] había concebido al Hijo creyendo,
y *creyendo esperó su resurrección*.

Señalo únicamente algunos textos que presentan bajo varios aspectos la relación entre la esperanza de María y la resurrección de Cristo.

2.5.1. Jorge de Nicomedía († hacia fines del siglo IX)

Jorge, metropolitano de Nicomedía, fue un fecundo homilista. Dedicó una amplia homilía a la contemplación de María al pie de la Cruz;⁴⁰ en ella la Madre se dirige con conmovedoras palabras al Hijo muerto, apenas depuesto de la Cruz:

‘Αλλ’ εἶθε μοι νῦν, τῇς γλυκεῖας ἐπακοῦσαι σου φωνῆς! Εἶθε φθεγγόμενον σέ τινα πάλιν θεάσασθαι! Εἶθε τῶν ποθητῶν εἰς αὐθιζ ἀντιλαδεσθαι με ῥημάτων σου! ‘Αλλ’ εἰ καὶ νῦν οὐχ οἶόν τε, τάχιον τοῦτο ἐν τῇ ἀηστιάσει κατίδοιμι, ἐν ᾗ τῶν ἀνθρώπων ἀνάπλαισιν εὐαγγελιζόμενος, χαριέστερα τῇ Τεκούσῃ προσδιαλεχθῶσι.⁴¹

¡Oh, si ahora pudiese escuchar tu dulcísima voz!; ¡Oh, si pudiese verte de nuevo decir alguna cosa!; ¡Oh, si pudiese escuchar de nuevo tus amables palabras! Pero, si esto ahora no es posible, muy pronto me será concedido verlo en la resurrección, cuando tú, dando el gozoso anuncio de la regeneración espiritual del género humano, hablarás afablemente con aquella que te ha generado.

(cf. Lc 2, 34-35) consistió precisamente en eso: en la duda de la fe de María junto a la cruz. A causa de su autoridad, la opinión de Orígenes fue seguida por bastantes autores orientales. En Occidente, en cambio, no tuvo séquito.

³⁹ *Collectio missarum de beata Maria Virgine*. Editio typica. Libreria Editrice Vaticana, 1987. Form. 15 (*Beata Maria Virgo in resurrectione Domini*), praef., p. 64.

⁴⁰ *In Ss. Mariam assistentem Cruci*: PG 100, 1457-1489.

⁴¹ *Ibid.*, 1488C.

Las palabras de la Madre al Hijo que yace en tierra muerto son una piadosa ficción literaria. Pero el artificio retórico atestigua al menos dos cosas: que la piedad cristiana percibía el inmenso dolor en que la Virgen quedó sumida por la muerte del Hijo; que estaba convencida de la fe-esperanza de María en la resurrección, «muy pronto», de Jesús.

2.5.2. *San Bernardo de Claraval* (+ 1153)

San Bernardo de Claraval, en el sermón del Domingo dentro la octava de la Asunción, comentando Apocalipsis 12, 1 –el signo de la Mujer coronada de doce estrellas– afirma que «el martirio de la Virgen [...] [fue] la duodécima estrella de su diadema».⁴² Su martirio –martirio del corazón– había sido predicho por Simeón con la profecía de la espada (cf. Lc 2, 34-35) y se cumplió con la muerte de Cristo en la cruz y, en particular, con el golpe de lanza que abrió el costado del Hijo (cf. Jn 19, 34) y atravesó el alma de la Madre. Preveniendo una posible objeción sobre el ‘martirio en el alma’ de María, san Bernardo añade:

Sed forte quis dicat:
Numquid non eum praescierat moriturum?
Et indubitanter.
Numquid non sperabat continuo resurrecturum?
Et fidenter.
Super hoc doluit crucifixum?
Et vehementer.⁴³

La Madre, pues, esperaba (*sperabat*) con plena confianza (*fidenter*) la resurrección de su Hijo. San Bernardo no se detiene en explicar el motivo de la firme esperanza de María. Nosotros podemos pensar que la Virgen, como discípula, guardaba en su corazón (cf. Lc 2, 19.51) las palabras del Maestro: «Este Hombre tiene que padecer mucho: tiene que ser rechazado por los senadores, sumos sacerdotes y letrados, ser ejecutado y resucitar a los tres días» (Mc 9, 31).

En relación a la fe-esperanza de María en la resurrección de Cristo, la tradición cristiana –bien atestiguada en la época de san Bernardo– ha observado que en el Calvario María personificaba a la Iglesia: en ella sola se

⁴² *Dominica infra octavam Assumptionis*, 14, in J. Leclercq - H. Rochais. *S. Bernardi opera*, V. Romae, Editiones Cistercienses, 1968, p. 273.

⁴³ *Ibid.*, 15, p. 274.

condensaba la fe-esperanza de la naciente comunidad eclesial;⁴⁴ ella sola se ofrecía como modelo de la fe-esperanza para la Iglesia de todos los tiempos.

2.5.3. Godofredo de Auxerre († hacia 1178)

El cuarto sermón de Godofredo de Auxerre sobre la Natividad de María lleva por título *Item de antiphona Salve regina misericordiae*⁴⁵ y está dedicado a comentar las palabras iniciales de la célebre antifona: «Salve, Regina misericordiae, vita, dulcedo et spes nostra, salve».

Con alusión a Hebreos 6, 19, Godofredo llama a la Virgen «ancla de nuestra esperanza»,⁴⁶ y glosa la expresión *vita, dulcedo, spes* en estos términos:

Vita in exemplo perfectae conversationis et totius sanctimoniae; dulcedo in studio contemplationis et gustu sapientiae; spes resurrectionis et felicitatis aeternae. [...]

Maria nobis vita est, si eius vitam, quantum nostra fragilitas praevallet, imitemur. Dulcedo est, si in eius memoria specialiter delectamur. Spes nostra est, dum confidimus eius nos precibus adepturos quod nostris actibus non meremur.⁴⁷

Nos interesa sobre todo la expresión María «esperanza de la resurrección» (*spes resurrectionis*). La que tuvo plena esperanza en la resurrección de su Hijo es considerada ahora como fundamento de nuestra esperanza en la resurrección y en la felicidad eterna.

Desde el punto de vista teológico, la frase «María, esperanza de la resurrección» es muy elíptica. Supone muchas cosas: que Cristo, venciendo la muerte, ha resucitado; que la *caro Christi*, transfigurada en la resurrección, es *caro Mariae*; que Cristo es nuestra suprema esperanza; que la Madre creyó y esperó firmamente en la resurrección del Hijo; que santa María misma, por su gloriosa ascensión, participó anticipadamente de la gracia de la resurrección universal; que ella ejerce una función de mediación mater-

⁴⁴ Cf. Y. Congar. *Incidence ecclésiologique d'un thème de dévotion mariale*, in *Mélanges de science religieuse* 7 (1950) pp. 277-292.

⁴⁵ El sermón ha sido editado por J.M. Canal. *Salve Regina misericordiae*, pp. 211-214.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 263.

⁴⁷ *Ibid.*

nal orientada a que los hombres consigan su destino final, que es precisamente la victoria sobre la muerte - la resurrección universal - y la felicidad eterna. Todo eso es posible suponer en el ánimo de Godofredo de Auxerre, un contemplativo, discípulo y secretario de san Bernardo.

En efecto «María, esperanza de la resurrección» es frase legítima sólo en labios de quien está acostumbrado a leer las Escrituras como un único libro que contiene una sola palabra - Cristo - y a contemplar en el «misterio de Cristo» la indisoluble asociación de la Madre al Hijo en la obra de la salvación. Si san Juan Damasceno († 749) veía en el nombre Theotokos la cifra de toda la economía salvífica,⁴⁸ análogamente Godofredo de Auxerre pudo ver en la expresión «María, esperanza de la resurrección» la síntesis de la *historia salutis* que, pasando por la encarnación redentora, la muerte y la resurrección de Cristo, culmina en la Parusía y la resurrección universal.

2.5.4. Inocencio IV († 1236)

Podemos terminar este apartado citando una estrofa del pío ejercicio de los *Septem gaudia beatæ Mariæ* compuesto por Felipe de Grève, el futuro Inocencio IV († 1236). El cuarto gozo - la resurrección del Hijo - está así formulado:

IV. Ave, Maria, gratia plena, dominus tecum.
 Quartum, virgo, tibi datur,
 Cum a morte suscitatur
 Christus die tertia.
 Per hoc fides roboratur,
 Spes redit et mors fugatur,
 Atque datur gratia.⁴⁹

La estrofa está como dividida en dos partes: la primera se refiere a la Virgen; la segunda, a nosotros. Para María la resurrección de Jesús fue causa de alegría; para nosotros el gozo de la Virgen (*per hoc*) es motivo para que se fortalezca nuestra fe, vuelva la esperanza (*spes redit*), se ponga en fuga la muerte, se nos conceda gracia. El gozo de nuestra Señora (*efecto*), que brota del misterio salvífico de la resurrección de Cristo (*causa*), se expande como fragancia sobre la santa Iglesia.

⁴⁸ Cf. S. Juan Damasceno. *De fide orthodoxa* I, cap. XII: PG 94, 1028.

⁴⁹ G.G. Meersseman. *Der Hymnos Akathistos im Abendland*, II, p. 197.

2.6. LA ESPERANZA DEL EXILIADO Y DEL PECADOR

Una gran parte de la literatura devota sobre la esperanza cristiana se debate entre dos extremos: el gemido de la existencia y el anhelo hacia un futuro mejor ultramundano, pero que no desdeña perspectivas intramundanas.

Sólo es esperanza cristiana la que se funda en la persona y en el mensaje de Cristo. No hay, además, esperanza genuina donde falta la esencial perspectiva escatológica o donde se anida una visión pesimista de la vida. La esperanza cristiana es certeza en el amor del Padre que nos atrae hacia sí por Cristo en el Espíritu Santo para comunicarnos su vida.

El sujeto de la esperanza es el *homo viator*. En la historia de la espiritualidad cristiana, sobre todo en la Edad Media, a ese hombre se le caracteriza como desterrado, errante, pecador. Como, desde su condición de miseria, el mísero descubre y experimenta la misericordia, así desde la tierra de exilio, el desterrado alimenta la esperanza y descubre su valor.

Para ese hombre, desde su tierra de exilio, el nombre de la esperanza es Cristo. Su palabra lo invita: «Acercaos a mí todos lo que estáis rendidos y abrumados, que yo os daré respiro» (Mt 11, 28); su voluntad es llevarlo con él a la patria del cielo: «Padre [...], quiero que, donde yo estoy, estén ellos también conmigo y contemplen esa gloria mía que tú me has dado» (Jn 17, 24). Eficazmente un himno de Valafrido Estrabón († 849) aclama a Cristo llamándolo: «Vita sanctorum, via, spes, salusque».⁵⁰

Pero, por un designio amoroso, Dios ha querido darnos junto a la esperanza fontal, Cristo, un signo eficaz de esa misma esperanza, María. La misión de María, 'signo de esperanza', es la de orientar los hombres hacia Cristo, la 'realidad esperanza' y la 'realidad esperada'.

Se trata de un signo femenino, maternal, puramente creatural, de suma belleza y gracia: un signo que llega fácilmente al corazón del hombre.

2.6.1. El sujeto de la esperanza

No carece de interés observar cómo la tradición califica a los sujetos de la esperanza. Resulta, por así decir, una galería de 'miseros esperanzados'. No hace falta que mencione a los sujetos genéricos universales. En

⁵⁰ H.A. Daniel. *Thesaurus hymnologicus*, IV. Lipsiae 1862, p. 141. El himno fue compuesto en honor de san Galo; las estrofas 1, 2 y 7 constituyen el himno del Oficio de lectura de la II y IV semana.

contextos homiléticos y devotos encontramos constantemente afirmado que la Virgen es la esperanza de todos los fieles, del mundo. San Germán de Constantinopla († 733), por ejemplo, saluda a la Virgen María llamándola «esperanza de los nacidos de la tierra»:

Salve, llena de gracia,
esperanza de los nacidos de la tierra,
que has transformado el dolor en gozo,
has unidos los seres terrestres con los celestiales
y has destruido el muro de la enemistad que los separaba.⁵¹

En las canciones devotas de la Edad Media la Virgen es saludada como «esperanza del género humano»:

Ave, porta etheris,
Domina superna,
Spes humani generis,
Veniae pincerna.
Perduc nos ad supernorum
Societatem civium.⁵²

Aquí interesa más pasar en revista esa galería de ‘miseros esperanzados’ que, bajo diversas denominaciones y desde diversas situaciones, se dirigen a la Madre de Jesús con devotas oraciones o la saludan con sencillos cantos. Son:

- los *pecadores*, que gimen oprimidos bajo el peso de las culpas:

3b. Ave, salus tribulatis,
spes oppressis in peccatis
reis salus, memoria.⁵³

10a. *Peccatorum spes beata*.⁵⁴

⁵¹ Homilía de la Anunciación, en *Biblioteca Patristica* 13, p. 79. No he podido consultar el texto original. La edición de la homilía en la PG 98, 320-337 carece de la importante integración descubierta por D. Ficioru y publicado, junto con el resto de la homilía, en *Biserica Ortodoxa Româna* 64 (1946) pp. 60-92. 180-193. 386-397.

⁵² G.G. Meersseman. *Der Hymnos Akathistos im Abendland*, I, *Ave, plena gratia* (siglo XIII), p. 207.

⁵³ AH 34, n. 109, p. 93. (*Ave, dulcis mater Dei*, siglo XV)

⁵⁴ AH 34, n. 145, p. 115. (*Mater sancta sanctae spei*, siglo XIII)

- los *reos*, una variante de pecadores, en la que se subraya el aspecto judicial, habiendo ellos cometido un delito:

16. Ave, quae es vitae via,
dulcis, clemens, casta, pia,
spes reorum, o Maria.⁵⁵

3. Ave, mundi sidus,
caeli paradisus,
Virgo fons hortorum,
laus et *spes reorum*.⁵⁶

- los *errantes*, que vagan sin rumbo, caminando fuera de los caminos del Señor; no sin razón error tiene a menudo, en el latín cristiano, el significado de pecado:

8a. Gaude, gaude, *spes errantium*.
Quod natum est ex te, sanctum
vocatur, fertur, creditur
Filius Dei, fide non ficta.⁵⁷

- los *caídos* (*lapsi*), que no habiendo superado la tentación, yacen abatidos en el pecado:

6a. Gaude, sola *spes lapsorum*,
gaude, decus angelorum,
hominum laetitia.⁵⁸

8. Super choros angelorum exaltata, *spes lapsorum*.⁵⁹

- los *que corren peligro* (*periclitantes*), embestidos por los temporales de la vida:

Tu es [...] post Deum

⁵⁵ AH 15, n. 103, p. 129. (*Ave, arca deitatis*, siglo XIV).

⁵⁶ AH 23, n. 118, p. 77. (*Ave, gloriosa*, siglo XV).

⁵⁷ G.G. Meersseman. *Der Hymnos Akathistos im Abendland*, II, *Ave Maria. Ave, o pia* (siglo XII), p. 55.

⁵⁸ AH 9, n. 60, p. 51. (*Gaude, virgo, stella maris*, siglo XIV).

⁵⁹ G.G. Meersseman. *Der Hymnos Akathistos im Abendland*, I, *Oratio devota* (siglo XII), p. 190.

DE CRISTO ESPERANZA A MARÍA ESPERANZA

via errantium,
vita morientium,
spes periclitantium
requies laborantium.⁶⁰

- los *que luchan* (*pugnantes*) contra el enemigo del hombre, confiando en el auxilio de la Virgen que venció a la antigua serpiente:

10. Hostem, pugnatrix invicta,
vince simul et delicta,
pugnantium spes unica.⁶¹

- los *desesperados*, que habiendo perdido la luz de la esperanza, están sumidos en amarga y oscura desesperación:

Sed te, iam nos, o pura et immaculata,
eademque benedicta Virgo,
magni Filii tui, universorumque Dei mater inculcata,
integra, et sacrosanctissima,
desperantium atque reorum spes, collaudamus.⁶²

3b. Pia mater orphanorum,
solamen desolatorum,
spes invicta desperatorum.⁶³

- los *afligidos* (*afflicti*) por las adversidades de la vida y los *que lloran* (*lugentes*) en el medieval «valle de lágrimas»:

Ave *spes omnium proborum*,
rebus adversis afflictorum.⁶⁴

Ave, rosa. *Spes lugentum*.⁶⁵

⁶⁰ H. Barré. *Prières anciennes de l'Occident à la Mère du Sauveur*. Paris, Lethielleux, 1963, p. 142. (*Oratio de sancta Maria*, siglo XI).

⁶¹ AH 54, n. 241, p. 378. (*Salve, lucis almae stella*, siglo XIV / XV).

⁶² D. Casagrande. *Enchiridion Marianum biblicum patristicum*. Romae, Figlie della Chiesa, 1974, p. 240. (Escuela de san Efrén, siglo VI).

⁶³ AH 42, n. 108, p. 109. (*Electa et praelecta*, siglo XV).

⁶⁴ D. Casagrande. *Enchiridion Marianum*, p. 243. (Escuela de san Efrén, siglo VI).

⁶⁵ G.G. Meersseman. *Der Hymnos Akathistos im Abendland*, II, *Psalterium Marianum* (Engelberto de Admont, † 1331), p. 144.

- los *necesitados* (*egentes*), porque no tienen lo indispensable para vivir, y los *huérfanos* (*orphani*), categoría típica del hombre sin amparo y desvalido:

5. Ave, flentis risus mentis,
Ave, mundi gaudium,
Salve, *gentis spes egentis*,
Salve, *salus omnium*.⁶⁶

Spes et mater orphanorum.⁶⁷

- los *humildes* (*humiles*), que ponen su confianza en el Señor y en la santísima Virgen, y los *penitentes* (*paenitentes*), que arrepentidos de sus pecados, están en camino de conversión:

Spes humilium,
refugium pauperum,
portus naufragantium,
medicina infirmorum,
ora pro nobis benedictum ventris tui fructum.⁶⁸

- 4b. *Consolatrix quaerentium, spes veniam quaerentium*.⁶⁹

- los *miserables* (*miseri*), inmensa turba, sobre los que se inclina preferencialmente la misericordia de la Virgen:

Domina, ne eum despicias, neque abicias,
sed in tua fide tutissima eum miserum suscipe,
quae spes es omnium miserorum
et ad te confugientes benignissime suscipis.⁷⁰

3. Tu piscina probatica,
miserorum spes unica,
ablue nos exterius

⁶⁶ AH 15, n. 53, p. 75. (*Ave, vera orbis hera*, siglo XIII).

⁶⁷ G.G. Meersseman. *Der Hymnos Akathistos im Abendland*, II, *Litaniae Maguntinae* (siglo XII), p. 252.

⁶⁸ *Ibid*, *Litaniae Maguntinae* (siglo XII), p. 252.

⁶⁹ AH 42, n. 84, p. 91. (*Deum sine vice maris*, siglo XIV).

⁷⁰ H. Barré. *Prières anciennes de l'Occident à a Mère du Sauveur*, p. 283. (*Oratio ad sanctam Mariam*, siglo XIII).

et munda nos interius.⁷¹

5b. Mater orbis, confer / mortis
 medicinam.
Spes cunctorum miserorum
 post ruinam.⁷²

No es fácil apreciar en su justo valor estos textos medievales. No hay que sutilizar, por ejemplo, sobre el significado peculiar de cada uno de los términos empleados para designar las varias categorías de ‘miseros esperanzados’. Simples exigencias de rima o de ritmo hacen optar por un término más que por otro, sin que por eso cambie el significado teológico. Unos términos subrayan más el aspecto espiritual (*lapsi, peccatores...*), otros el aspecto existencial (*orphani, egentes...*), porque la ‘miseria’ afecta a todo el hombre, a sus aspiraciones escatológicas y a sus necesidades temporales.

Estos textos, aunque fueron compuestos por hombres del «mester de clerecía», reflejan una mentalidad devota, popular diríamos hoy. En su conjunto son una pequeña muestra de la inmensa literatura piadosa que prueba la confianza de los fieles en la Madre del Señor: ellos saben que la Virgen los ama, los protege, los defiende, les enjuga las lágrimas versadas en esta tierra y los orienta hacia la patria del cielo. Porque tal es el objeto de la esperanza que se funda en la intercesión de la Virgen: a veces pertenece a la esfera ultramundana (la vida eterna, el paraíso...), otras a la esfera intramundana (las necesidades de la vida). Podemos concluir este apartado sobre el ‘sujeto de la esperanza’, citando un dístico de un devoto saludo a la Virgen:

Spes omnium pro omnibus
 Christi procumbe pedibus.⁷³

Postrada a los pies de su Hijo, la Virgen, por su función de intercesora, es para todos esperanza de conseguir *todos* los verdaderos bienes.

2.6.2. La «Leyenda de Teófilo»

El conñado recurso a la Virgen y la segura esperanza puesta en ella

⁷¹ AH 46, n. 131, p. 174. (*Stella maris, o María*, siglo XII).

⁷² AH 8, n. 68, p. 62. (*Mater Dei, salus rei*, siglo XV).

⁷³ AH 42, n. 87, p. 94. (*Ave, María*, siglo XV).

deben no poco a la difusión en Occidente del *Miraculum sanctae Mariae de Theophilo paenitente*, escrito en griego por Eutiquiano (siglo VI) y traducido al latín por Pablo Diácono († 799).⁷⁴ El *Miraculum* o *Leyenda de Teófilo* narra la penitencia de Teófilo, administrador de la Iglesia de Adana (Cilicia), que en un momento de obcecación había renegado a Cristo y a su santísima Madre, vendiendo su alma al diablo. Luego, desesperado por el grave pecado, se dirigió a la Virgen, quien, compadecida, arrebató al diablo el recibo (*chirographus*) y se lo devolvió al arrepentido Teófilo. En el *Miraculum* el narrador presenta a la Virgen como:

*spes et sustentaculum generis Christianorum,
redemptio errantium et vera via confugientium ad eam,
fons fluctuantium, quae intercedit pro peccatoribus,
refugium pauperum, consolatio pusillanimatorum,
mediatrix Dei ad homines.*⁷⁵

El obispo que ha constatado la conversión de Teófilo invita a los fieles a glorificar a Dios:

*Demus igitur et nos simul cum eo [Teophilo]
gloriam Deo nostro [...]
per interventionem immaculae semper Virginis
Dei Genitricis Mariae,
quae est inter Deum et homines
potens verissimaque spes desperantium,
quae est refugium afflictorum.*⁷⁶

y dirigiéndose directamente a la Virgen, añade:

*In te [...] speramus omnes Christiani,
ad te confugimus,
ad te oculos nostros die noctuque expandimus.*⁷⁷

La *Leyenda de Teófilo* es sin duda uno de los textos orientales que más han influido en el desarrollo de la piedad mariana del Medio Evo occiden-

⁷⁴ Testo in *Acta Sanctorum*, Febr. I, ad diem IV, pp. 483-487.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 486BC.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 487A.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 478AB.

tal, sobre todo en lo que se refiere al recurso confiado a la Madre del Señor. A título de ejemplo indico algunos textos relativos a 'Maria esperanza' derivados de dicha *Leyenda*:

- una oración de fines del siglo XII, que se inspira directamente en la versión de Pablo Diácono, con algún error de transcripción:

Tu [...], sancta Dei genitrix
spes et obstaculum⁷⁸ humani generis,
christianorum redemptio et consolatio pussillanimorum,
refrigerium⁷⁹ afflictorum.⁸⁰

- una *Salutatio ad sanctam Mariam* del siglo XII:

4. Ave, sponsa Sunamitis secundum cor regis.
Ave, virgo mater, spiritu sancto teste.
Tu olim Mariam sordibus Egypti milies exosam,
Tu *Theophilum desperatum* apostatam.
Reconciliasti filio tuo in gratiam.
O sancta, o celsa, o benedicta,
Mitiga et nobis iram filii tui iudicis in gratiam.⁸¹

- una invocación de las *Litaniae Maguntinae*, del siglo XII:

37. Que *Theophilum* diabolo mancipatum potenter eripuisti et aliis
quamplurimis pene *desperatis succuristi*.⁸²

2.7. LA ASUNCIÓN, PLENITUD DE LA ESPERANZA

La contemplación de Cristo resucitado y glorificado a la derecha del Padre es otro momento del proceso que ha llevado a la Iglesia a descubrir junto a «Cristo esperanza» la figura de «María esperanza».

Vista desde nuestra parte, la resurrección-ascensión de Cristo es un

⁷⁸ En lugar del correcto *sustentaculum* de la versión de Pablo Diácono.

⁷⁹ En lugar del correcto *refugium* de la versión de Pablo Diácono.

⁸⁰ H. Barré. *Prières anciennes de l'Occident à la Mère du Sauveur*, p. 188 (*O gloriosissima et praecllentissima*, siglo XI).

⁸¹ G.G. Meersseman. *Der Hymnos Akathistos im Abendland*, I, p. 181.

⁸² *Ibid.*, II, p. 253.

acontecimiento de esperanza:⁸³ contemplando al Maestro en la plenitud de su gloria y de su señorío, los discípulos abrigan la fundada esperanza de que donde está él estarán también ellos, donde la Cabeza los miembros, donde el Amigo los Amigos (cf. Jn 17, 21, 24). Ahora bien la Virgen María en la primera y la más perfecta discípula de Cristo,⁸⁴ el miembro excelentísimo (*supereminens*) de su Cuerpo místico,⁸⁵ la amiga de Dios por excelencia. En ella se ha cumplido de manera anticipada y perfecta lo que se cumplirá en todos los discípulos y amigos de Cristo, en todos los miembros de su cuerpo místico.

La Asunción de María, vista sea como *cumplimiento* o plenitud de su ser sea como *anticipación* de nuestro destino final, engendra esperanza en el corazón del creyente.

2.7.1. Del cumplimiento brota la esperanza

María es, después de la humanidad de Cristo, la plenitud del ser. Pero dicha plenitud se alcanza únicamente con su asunción a la Gloria: en ella, perfectamente glorificada, se ha cumplido el proyecto de Dios sobre el hombre. La asunción de la Virgen es actuación primera y primordial de la promesa implicada en la resurrección del Mesías. Como la concepción inmaculada de María fue fruto inicial del árbol de la Cruz, es decir gracia anticipada «en previsión de los méritos de su Hijo»⁸⁶ –la muerte y la resurrección–, así la asunción a la Gloria es fruto maduro, definitivo de la Pascua de Cristo. El misterio de la Pascua, en cuanto implica victoria sobre la muerte, transformación en Cristo, divinización de todo nuestro ser por obra del Espíritu, ha tenido ya una realización plena en el misterio de la asunción de María y tendrá una realización de dimensiones universales en la Parusía y consiguiente resurrección de los muertos. Será entonces la hora de la «Pascua universal». Ahora bien la contemplación de María como cumplimiento de las promesas de Dios y de las aspiraciones del hombre suscita genuina esperanza en el discípulo de Cristo: la asegura que la conciencia de su "finitud", es decir de sus actuales e invalicables límites, se resolverá en plenitud, en coexistencia en él del amor perfecto y la felicidad plena, es decir amistosa presencia de Dios mismo, más allá del cual ningún bien es imaginable ni posible.

⁸³ Véase supra 2.5. *La resurrección de Cristo, fuente de esperanza*, pp. 153-157.

⁸⁴ Cf. PABLO VI. *Marialis cultus* 35.

⁸⁵ Cf. CONC. VAT. II. *Lumen gentium* 53.

⁸⁶ *Ibid.*, 53.

2.7.2. De la anticipación, una prenda de esperanza

La asunción de la Virgen en cuerpo y alma a los cielos no termina en ella misma. Es un acontecimiento de gracia para nosotros: se proyecta hacia todos los miembros de la Iglesia, iniciando un proceso de participación a la glorificación de Cristo, cuyo punto final será la resurrección universal. La Virgen es la primera, no la única que participa en ese proceso; ella en sumo grado, los demás en grado diferente, porque «una estrella difiere de otra en resplandor» (1Cor 15, 41). «Su destino de redimida y glorificada –escribe B. Fernández– prefigura nuestro destino. Su gloria es prenda y señal de la nuestra. Contituye un acontecimiento lleno de promesas y provocación para nosotros. En ella y con ella un trozo de nuestro mundo ha entrado ya en la consumación»⁸⁷. Y añade:

El tránsito y glorificación corporal de María, la theotokos, señala por adelantado cuál es el futuro de nuestra vida todavía sometida al poder del futuro de Dios para nosotros. Como ella participa ya de la gloria, así también nosotros participaremos un día de la gloria de la Resurrección. Ella muestra ya la realización de lo que para nosotros es todavía promesa: nuestra transformación glorificadora en cuerpo y alma. De esta suerte, en María, la glorificada con la gloria del Mesías resucitado, Dios ha querido anticipar la futura gloria que tiene preparada a su Iglesia. María es abreviatufuturo de la Iglesia. Ella constituye la primera prenda cristiana del logro definitivo de la esperanza humana, en la que ya la gracia victoriosa de Cristo es invenciblemente fuerte en la debilidad y el fracaso.⁸⁸

2.7.3. La asunción, premisa a la intercesión universal

El misterio de la Asunción de María es además premisa para el ejercicio de su intercesión eficaz y universal. La Virgen ha sido exaltada a la derecha del Hijo para unir su voz de Madre misericordiosa a la voz del perfecto Mediador. Una famosa antifona ofertorial recuerda afectuosamente a la Virgen que ella está «a la presencia del Señor» para interceder en favor nuestro:

Recordare, Virgo Mater Dei,

⁸⁷ B. FERNÁNDEZ. *María de la esperanza* (cit. nota 2), p. 171.

⁸⁸ *Ibid.*

dum steteris in conspectu Domini,
ut loquaris pro nobis bona,
et ut avertat indignationem suam a nobis.⁸⁹

A imitación de Dios, que encumbrado en su trono «se abaja para mirar» (Sal 113, 6), la Virgen desde lo alto de su gloria inclina sus ojos hacia los humildes y necesitados. Para ellos, pues, la Asunción es un misterio que enciende la esperanza:

Sentibus mitis veniam precare,
asiuva flentes, inopes et aegros,
spes mica cunctis per acuta vitae
certa salutis.⁹⁰

CONCLUSIONES

1. La esperanza del cristiano está fundada en Dios (cf. Sal 62, 6; Sal 71, 5; 1Pe 1, 21) y en Cristo. Él es «nuestra esperanza» (1Tim 1, 1). Por su condición de Mesías resucitado, de Hijo de Dios y hermano nuestro, de Redentor universal y único Mediator (cf. 1Tim 2, 5), Cristo es, al mismo tiempo, el fundamento y el objeto de nuestra esperanza.

2. La doctrina de María ‘esperanza nuestra’ aparece *explicitada* en la segunda mitad del siglo V. En algunos textos atribuidos a san Efrén († 373) figura ya dicha doctrina, pero la atribución de tales textos al gran Doctor de la Iglesia de Siria es muy insegura.

3. El ámbito en el que surge dicha doctrina es litúrgico; los géneros literarios más favorables a su desarrollo son la himnografía, la eucología y la homilética.

Las primeras expresiones himnográficas y homiléticas sobre ‘María, nuestra esperanza’ son, por así decir, variaciones al saludo de Gabriel a María: «Ave, llena de gracia» (Lc 1, 28). Substituyendo el apelativo «llena de gracia» con otros atributos de la Virgen María se componen en Oriente largas series de saludos (*jaires*) entre los que aparecen pronto algunos que ponen en relación María con la esperanza: «Ave, esperanza de los bienes eternos» (*Akáthistos*).

⁸⁹ *Missale Romanum* [Pii V]. Die 15 septembris. Septem dolorum beatae Mariae Virginis. *Ant. ad Offertorium*.

⁹⁰ *Liturgia Horarum*. Die 15 augusti. In Assumptione beatae Mariae Virginis. *Hymnus ad Laudes*.

De estas series de saludos, que contienen una referencia a 'María, nuestra esperanza', la más antigua parece ser un kontakion anónimo de mediados del siglo V, la más ilustre el *Akáthistos*, de finales de dicho siglo.

En Occidente el obispo poeta Venancio Fortunato († 601) parece ser el primero que establece una doble, hermosa conexión entre María y la esperanza: la Virgen es portadora de esperanza (= Cristo) y es la esperanza de perdón.

4. La misión de María, considerada sea en su conjunto sea en sus manifestaciones particulares, es motivo y fundamento de esperanza para todo el Pueblo de Dios.

No hay aspecto de la persona y de la misión la Virgen que no suscite en el corazón de los discípulos de Cristo un sentimiento de genuina esperanza.

Desde el punto de vista histórico la maternidad divina es el primero de estos aspectos. El pueblo cristiano comprendió pronto que dicha maternidad constituía para él un motivo de fundada esperanza. En efecto, por una parte el pueblo sabía que el Niño que María llevaba en sus brazos es el Salvador universal; por otra, percibía que el Hijo y la Madre constituyen una 'realidad de gracia' indisoluble. La contemplación de Jesús, 'nuestra esperanza', en brazos de María, condujo de un modo natural a proyectar y a ver proyectada sobre la Madre la luz de la esperanza: también ella, que lo ha dado a la luz, que ejerce sobre el Hijo una eficaz acción intercesora, es fundadamente 'esperanza nuestra'.

El proceso que va de Cristo 'nuestra esperanza' a María 'esperanza nuestra' no es otra cosa sino un camino de progresiva penetración del misterio de la maternidad divina y salvífica de la Virgen nazaretana. Y en la medida que es posible dirigir directamente a la Virgen un saludo, una felicitación o una súplica, es posible decirle, a la luz de su maternidad, «Salve, madre de la esperanza», «Ave, fuente de la esperanza», o simplemente «Salve, esperanza nuestra». Pero de la misma manera que 'Cristo, nuestra esperanza' proyecta su luz sobre María, así cualquier afirmación sobre 'María, nuestra esperanza' reenvía necesariamente al Hijo. En Cristo está toda la razón de 'María, nuestra esperanza'.

5. Después de la maternidad divina, la verdad dogmática que más ha influido en la comprensión de la figura de María como 'esperanza nuestra' es la función maternal que ella, por designio de Dios, ejerce en favor de los hombres redimidos por su Hijo.

El período histórico en el que se ha destacado la relación entre la función medianera de María y la esperanza es sobre todo la Edad Media. La espiritualidad medieval, por la conciencia que tiene de la miseria del

hombre, de su fragilidad y de sus caídas, de su condición de desterrado en valle de lágrimas, favorece el desarrollo de la esperanza cristiana, como anhelo de la patria del cielo - el famoso «deseo del cielo», tan característico de la Edad Media -; desde el punto de vista mariano, como clamor que desde la tierra se alza hacia la Reina de la misericordia, como mirada que confiadamente se dirige hacia ella.

Los nombres de dicha función son sobre todo tres: medianera universal de las gracias, cooperadora a la obra de la salvación, madre espiritual de los hombres. Tres nombres que Juan Pablo II ha reunido y sintetizado en la expresión «mediación materna» (*Redemptoris Mater*).

Cada uno de esos 'nombres' y los respectivos episodios evangélicos en que se fundan suscitan la esperanza en el corazón del cristiano. Sintéticamente:

- *María medianera universal de las gracias*. La esperanza es una virtud, un don sobrenatural, una gracia; como tal, llega a nosotros pasando a través de las manos de María. De la esperanza la Virgen es –según una terminología en uso hasta tiempos recientes– tesorera, depositaria, mediadora, dispensadora. Es canal por donde nos llega la esperanza; es puerto en el que, en medio a las zozobras del mar de la vida, el discípulo de Cristo encuentra refugio y esperanza.

El corazón del cristiano se enciende de esperanza sabiendo que la Virgen, glorificada en el cielo, continúa intercediendo en favor de sus hijos, como intervino en Caná de Galilea en favor de los esposos (cf. Jn 2, 1-11).

- *La cooperadora a la obra de la salvación*. Cristo es el Redentor, Cristo el Salvador. De su costado abierto fluye abundante la gracia de la salvación. La Escritura y la Tradición nos informan en términos llenos de estupor, de gratitud, de adoración sobre el significado de la Cruz en relación al Misterio pascual, en orden a la salvación del género humano. Son muchas las fórmulas que sintetizan hermosamente dicho significado. El himno litúrgico lo sintetiza en clave de esperanza: «O crux, ave, spes unica!» (*Vexilla Regis*): «Salve, crux sancta, salve mundi gloria, / vera spes nostra, vera ferens gaudia» (*Salve, crux sancta*).

Pero junto a la Cruz, por un designio providencial de Dios, está la Madre, unida a la pasión de su Hijo: «se condolió vehementemente con su Unigenito –enseña el Vaticano II– y se asoció con corazón maternal a su sacrificio, consintiendo con amor en la inmolación de la víctima engendrada por ella misma» (LG 58). Esta comunión de amor, de dolor, de voluntad salvadora entre la Madre y el Hijo enciende de esperanza el corazón del

discípulo. Él sabe, en efecto, que la esperanza que fluye de la Cruz brota del Corazón de Cristo abierto por el golpe de la lanza (cf. Jn 19, 34), del Corazón de la Madre traspasado por la espada del dolor (cf. Lc 2, 35).

- *La maternidad espiritual*. Por Cristo hemos sido engendrados a la vida: «Christo parente - dice san Paciano de Barcelona († 386) - generamur» (CPM III, 1648). La liturgia pascual celebra continuamente que hemos nacido a la vida por la muerte-resurrección de Cristo: «muriendo destruyó la muerte, / y resucitando restauró la vida» (Pref. Pasc. I); «en la muerte de Cristo / nuestra muerte ha sido vencida / y en su resurrección / hemos resucitado todos» (Pref. pasc. II); «sufriendo la cruz, nos dio vida eterna» (Pref. dom. II).

Pero precisamente en la Cruz, donde Cristo nos engendra a la vida, la Virgen es constituída por voluntad del mismo Cristo, madre de sus discípulos en el orden de la gracia.

Como madre verdadera, María es para nosotros verdadera esperanza. En este caso es estrecha la analogía entre el orden de la naturaleza y el orden de la gracia: como en aquel, de la experiencia de la maternidad brota en los hijos una serena confianza, así en éste, de la experiencia de la maternidad de María deriva para los cristianos una segura esperanza.

¿Qué significa todo esto en relación a nuestro tema «De Cristo esperanza a María esperanza»? Ante todo se debe observar que María medianera, María cooperadora en la obra de la salvación, María madre espiritual de los hombres son tres realidades de gracia que reenvían necesariamente a otras tantas fundamentales realidades cristológicas y de ellas dependen: Cristo único Mediador, Cristo Redentor y Salvador universal, Cristo dador de vida.

Pero precisamente la reflexión cristiana sobre estas tres realidades ha llevado a la Iglesia, guiada por el Espíritu de Verdad, a descubrir que, por voluntad de Dios, María ejerce una función materna en el ámbito de la mediación de Cristo, coopera con su amor a la restauración de la vida divina en las almas, continúa asociada a Cristo en la fase última de la historia de la salvación, como lo estuvo en la fase histórica de la «plenitud de los tiempos» (cf. Gal 4, 4).

En una palabra: en virtud de la asociación de María a Cristo Redentor, Mediador, Dador de vida —«nuestra esperanza», por tanto—, la Virgen María es también ella, en Cristo y por Cristo, «esperanza nuestra».

Así pues, la percepción de la presencia de María en el núcleo central de la obra de la salvación ha permitido que brotase junto a la invocación de Cristo ‘esperanza nuestra’ la invocación de María ‘nuestra esperanza’.

6. Los acontecimientos salvíficos de la Concepción inmaculada de María y de su Nacimiento son, desde el punto de vista dogmático, un motivo de esperanza para el pueblo cristiano. Son prueba de la redención en acto, argumento de que el dominio devastador y universal del pecado ha sido interrumpido, anuncio de la inminente llegada del Mesías Liberador.

En la Concepción inmaculada de María, preservada del pecado y llena de gracia, la Iglesia vislumbra su imagen de esposa sin mancha, lavada en la sangre del Cordero (cf. Ef 5, 25-27). El brillo de la Pascua, que se difunde anticipadamente sobre la Concepción de María, ilumina incesantemente la Iglesia en su camino hacia el éscaton. El brillo pascual de la limpia Concepción de María es motivo de esperanza para la Iglesia.

Desde el punto de vista histórico la fiesta de la Natividad de María ha contribuido muchísimo al desarrollo de la doctrina sobre María 'nuestra esperanza' y a su invocación cultural. Todo nacimiento lleva consigo un motivo de esperanza. Pero cuando la Iglesia piensa quién ha nacido –la futura Madre de Jesús– y para qué ha nacido –para darnos el Salvador del mundo– la Iglesia se enciende de gratitud hacia Dios, de amor a la Virgen, de esperanza en su porvenir.

7. El misterio de la Asunción, en la complejidad de su contenido –icono de nuestra futura condición gloriosa, premisa y lugar del ejercicio de la mediación maternal de María– es para los discípulos del Señor un manifiesto signo de esperanza.

• • • • •

De Cristo esperanza a María esperanza. Comprendemos ahora mejor el camino recorrido por la Iglesia para llegar a invocar a María como «nuestra esperanza»: contemplando los misterios salvíficos de Cristo y viendo su repercusión actualizada en María, la Iglesia ha comprendido que Dios ha dispuesto en favor del homo viator además de la absoluta realidad de "Cristo esperanza" el don relativo y subordinado de "María esperanza".